

OVNI

—Mario, ¡vamos! ¡Eres como una tortuga! —le grité con el ceño muy fruncido. Mario era demasiado lento, y eso que íbamos cuesta abajo.

Nos dirigíamos hacia Fuencaliente, un lago natural que se había convertido en los últimos años en la piscina municipal del pueblo, ya que el alcalde se negaba a construir una. Y, en esta, los peces nos hacían cosquillas cada vez que nos metíamos en el agua. Era gracioso ver cómo huían de nosotros.

—¡Jo, mi bici no corre más! —gruñó Mario varios metros más atrás.

Suspiré. Mario era un caso. Decir que su bici no corría más. ¿Cómo se le ocurría?

Miré el reloj unos segundos y la volví a poner en la carretera puesto que era de noche y los coches por allí pasaban como si no existieran leyes. Eran las diez de la noche. Hacía ya rato que había anochecido puesto que era noche otoñal. No hacía mucho frío, y el cielo estaba nublado de una forma extraña, puesto que las nubes brillaban, como si la luna estuviera muy llena... No obstante, por mucho que la luna estuviera llena era imposible que brillase tanto y menos que se viera su resplandor a través de las gruesas nubes. Era como algo le estuviera inyectando luz desde una fuente externa.

Llegué al parking. Dejé mi bici atada con el candado a una de las vallas que bordeaban la piscina y esperé a Mario que tardó muy poco en llegar. Iba colorado. Al parecer no había dejado de pedalear a pesar de ir cuesta abajo. Al final, iba a ser verdad que su bici no corría.

—Perdona, pero mi cadena se frenaba, y me impedía bajar con la inercia —se exculpó Mario, doblándose. Apoyó sus manos en las rodillas y respiró varias veces hasta recuperarse.

Le resté importancia con un ademán.

—¿Me vas a contar ya para qué estamos aquí? —inquirió Mario mientras ataba también su bici al lado de la mía.

Miré por entre la valla la piscina. Había luces y se oían voces y risas. Sí, estaban allí. Me volví hacia mi amigo.

—Marta está aquí. Es su cumpleaños y ha decidido venir a celebrarlo aquí. Ha invitado a todos los de la clase menos a nosotros.

Mario se quedó incrédulo. Y lo comprendía, ya que Marta se llevaba muy bien conmigo y lo último que haría sobre la Tierra era no invitarme. Sin embargo, hacía dos días que habíamos discutido por una tontería. Julia, su mejor amiga, me había acusado de robarle a Marta su pulsera preferida, la que le había regalado su abuela, algo sin sentido puesto que yo nunca haría tal acto. Se lo había explicado, pero me había ignorado, llorando desconsoladamente...

—¿Y qué hiciste? —se interesó Mario.

—Intenté hablar con ella, pero sin éxito.

—¡Tío, es muy fuerte lo que dices! No me creo que Marta haya hecho eso, de verdad.

«Ni yo. Pero ha sido así», pensé.

—¿Y qué es...? ¿Qué vamos a hacer aquí?

—Hablar con Marta, decirle la verdad, que la pulsera se la robó el cabrón de Pedro.

Mario no dijo nada. Asintió y me siguió. Bajamos una pequeña escalinata que tenía a los lados varias hileras de árboles hasta llegar al césped. Y, en ese mismo instante, se escuchó una explosión, como si una botella de gas hubiera explotado. Instintivamente, me tiré al suelo, mirando para todos los lados, temiéndome lo peor. Pero en la tierra no había sucedido nada, sino en el cielo. Parecía en llamas, como si un misil hubiera atravesado las nubes, quemándolas.

—Esto me da miedo... —titubeó Mario, temblando.

Me levanté y miré a lo lejos, donde estaban Marta y sus amigos. Volvían otra vez a jugar, lo que parecía que habían estado haciendo antes.

—Ha sido solo un rayo, nada más —intenté buscarle una explicación a aquel fenómeno tan extraño que nunca en mis quince años de vida había visto—. Vamos.

Nos acercamos a la fiesta. Estaban jugando al juego de la mosca, ese en el que se forman dos filas a cada lado y uno pasa por el centro mientras el resto lo golpea con la mano con la misma violencia con la que intentas matar a una mosca. Y se lo estaban pasando en grande. Cuando nos vieron, las risas cesaron y se nos quedaron mirando. Me sentí un poco avergonzando, pero todo se me fue cuando vi a Marta acercarse. ¡Estaba bellísima con un vestido azul y el pelo moreno, suelto sobre sus hombros!

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a fastidiármelo todo? ¡Te dije que no quería hablar contigo! —exclamó.

—Lo sé, pero tengo que decirte la verdad.

—No quiero excusas. Marchaos.

Mario me tiró el jersey varias veces; lo ignoré. Seguí observando fijamente a Marta que se giró, y solté:

—¡Pedro te robó la pulsera cuando fuiste al baño!

Marta se quedó paralizada. Se giró lentamente, pálida.

—¿P-Pedro?

Me dispuse a responder, me de nuevo algo explotó en el cielo. La tierra tembló esta vez y no pudimos aguantar ninguno el equilibrio. Caímos al suelo. Levanté la mirada, apabullado, y vi cómo algo redondo, desmesurado, se posaba sobre nuestras cabezas, con potentes luces... ¡Un OVNI! Mientras todos corrían, y yo seguía allí sin poder moverme, dos seres descendieron y se fueron acercando a nosotros. Mario me levantó, y echamos a correr. Aquellos seres gelatinosos, pero casi humanos, iban a nosotros, veloces...

Tropecé. Mario no se dio cuenta. Yo tenía la boca paralizada. Me alcanzaron y...

Me desperté en la noche, sudando. El sueño había sido real. Había temido por mi vida. De pronto, la puerta de mi habitación se abrió y mi madre gritó: —¡Arriba! Nos atacan los OVNIS!